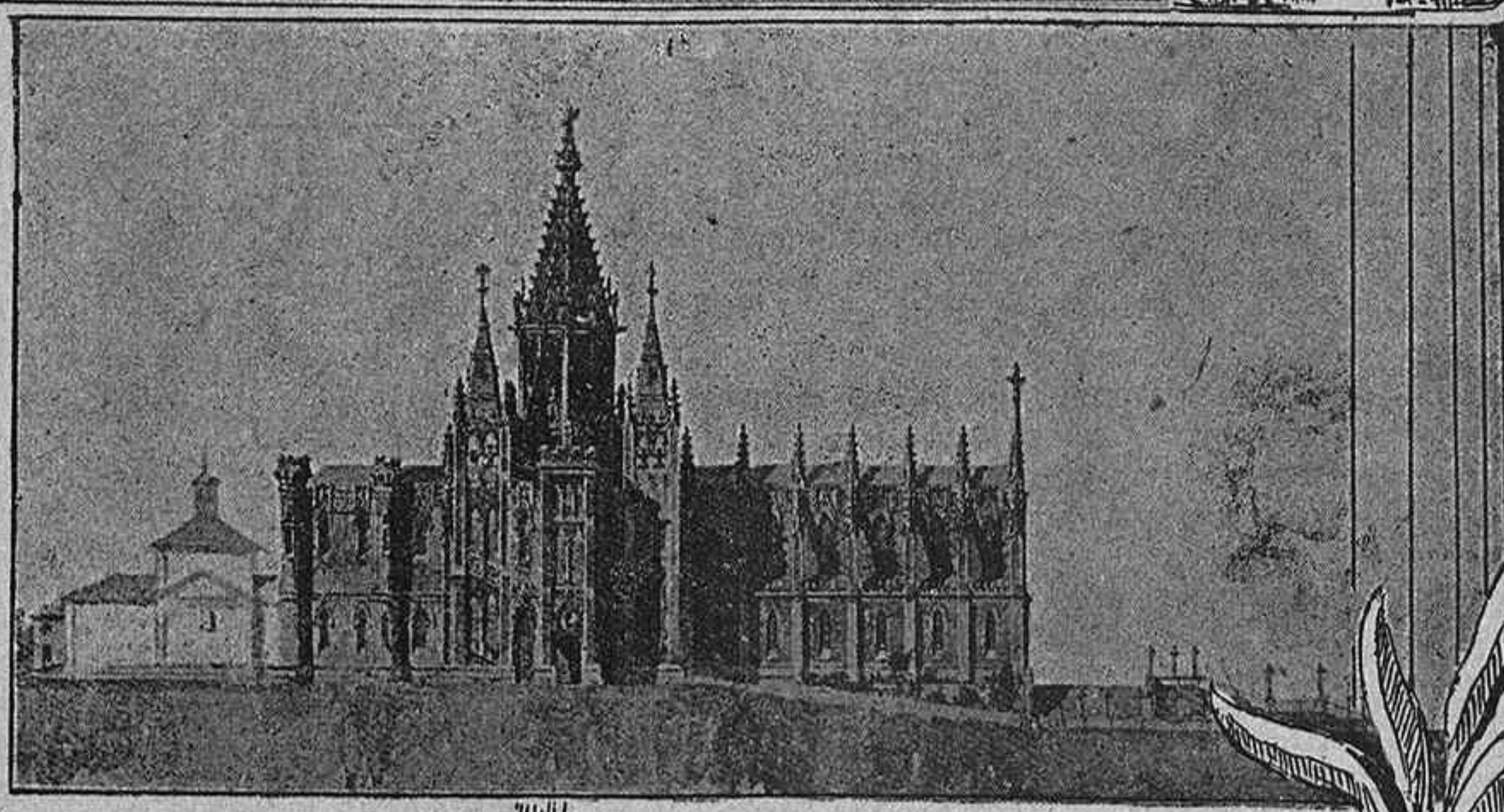




Basílica de Resiánca



15 Abril, 1902

Núm. 55

SUMARIO

- I. — *¡En la voladura! (Episodio de 1873)*, Blanca de los Ríos de Lampérez
- II — *La salvación eterna y la BASÍLICA TERESIANA*, Fr. Eusebio de la Asunción.
- III. — *De mis recuerdos. Una visita al Papa (Octubre de 1894)*, Tomás Redondo.
- IV. — *¡Ciegos!* (poesía), José María Gabriel Galán.
- V. — *Discurso celestial sobre la oración.*
- VI — *En el Patrocinio del glorioso San Jasé, esposo de la Virgen María, patrón y libertador de la universal Iglesia* (poesía), José de Guzmán el Bueno y Padilla, de la Academia de la Historia.
- VII. — *Crónica poética*, M. Cruz.
- VIII. — *Cuenta general de gastos.*
- IX. — *Donativos para las obras de la Basílica Teresiana.*

GRABADOS

- I. - Roma: *Plaza del Pueblo.*
- II. — Idem: *El Vaticano.*
- III. - Idem: *La fuente del Moisés.*



NÚM. 55

Salamanca 15 de Abril de 1902

AÑO VI

¡EN LA VOLADURA!

(EPISODIO DE 1873)

I



ACABABAN de pasar como olas de fuego y de sangre ante mi niñez espantada y sobrecogida, aquellas terribles jornadas de Junio y Julio de 1873; aquella inútil y desoladora tragedia de la *cantonalada* sevillana, cuyos crueles horrores y cuyas incertidumbres mortales agostaron para siempre mi salud y empañaron por largo tiempo mis juveniles alegrías.

La sacudida fué tan ruda para mi pobre sensibilidad, que durante muchos meses permanecí bajo el influjo de una verdadera obsesión de terror.

Ante mis ojos alucinados persistía el vivo y siniestro flamear de los incendios lejanos, y en mi cerebro seguía retumbando el bárbaro trueno del cañón que alternaba con las descargas de fusilería, como salvaje diálogo de muerte empeñado

entre la tropa y el pueblo. En mis oídos continuaba sonando el estridente y desacordado tañer de las cornetas de los *pelotones*, y á cada paso me estremecía creyendo oír distintamente el fragoroso estruendo producido por el desplome de manzanas enteras de casas, que alzaban al derrumbarse nubes de polvo blanquísimo, que se confundía al negro humo de los incendios y á los rojos fogonazos de las armas de fuego; y sin cesar veía delante de mí el trágico grupo de soldados insepultos con que tropezamos en la *Puerta de la carne*, al acudir, recién entrada la tropa, á visitar á unos amigos que vivían en el sitio de mayor peligro.

Y muy pocos días después, calientes, humeantes todavía las ruinas del barrio de *San Bartolomé*, y en una de las casas que más habían padecido en el combate, de que hablaban con harta elocuencia sus paredes y sus puertas, acribilladas por las balas y calcinadas y ennegrecidas por el reciente incendio; allí, en el hermoso patio, en cuyo centro se amontonaban los escombros producidos por la catástrofe, donde se mezclaban con el cascote y las vigas quemadas restos de muebles, esteras y cuadros carbonizados; allí, en aquel lugar, el más propio para semejante relato, me refirió el anciano General este episodio, rogándome bondadosamente que no dejase de contarle alguna vez, para que sirviese de saludable ejemplo.

II

— Yo, hija mía — comenzó el viejo soldado — como buen marino, creo en Dios, que no puede negarle quien le ha visto como en un espejo reflejarse en la grandeza del mar, tan místicamente bello en sus calmas y tan trágicamente sublime en sus furioses, quien tantas veces se ha sentido á punto de muerte y se ha asomado al borde de la eternidad. Y como creo en Dios y le amo con todo el fuego de mi alma apasionada y de mi temperamento impetuoso y militar, nada me duele, ni me irrita, ni me descorazona tanto como el ver que existen hombres tan sacrílegos y tan ingratos que se atreven á negarle.

Así, de todos estos horrores que acabamos de presenciar, á mí, cristiano viejo y veterano chapado á la antigua española, nada me ha impresionado tanto como este suceso, de parte del cual acabo de ser testigo.

Ya saben ustedes, — continuó haciendo su relato extensivo á los presentes, que comenzaban á prestarle atención, — que yo me encontraba en San Fernando al comenzar el drama de la *Carraca*, que ya les contaré otro día, y que por una casualidad entré con las tropas y con mi amigo el General X en Jerez, cuando fué tomada.

Pues bien, cuando nuestras primeras avanzadas llegaban á los muros de la famosa ciudad del vino, un hombre... es decir, un energúmeno á quien los jerezanos apodaban por su frenético ateísmo *Juan sin Dios*, un descamisado, torvo, sucio, harapiento y melenudo, en cuyo repulsivo aspecto se traducía toda la negrura de su alma, sin luz y sin esperanza, enferma de desamor, apacentada en la envidia demoniaca, hidrófoba de odio irracional hacia Aquél á quien negaba furiosamente—sin sospechar que aborrecerle era afirmar su existencia;—pues bien, este desequilibrado, este poseído, este mónstruo de quien hablo, una hora antes de sonar el primer cañonazo, tuvo la audacia de negar y de retar sacrílegamente á Dios, dentro de un templo que se hallaba lleno de fieles.

A deshora, y cuando nadie podía esperar semejante atentado, sin que se oyese ni el rumor de sus pasos, porque calzaba alpargatas, penetró en la iglesia, trepó rápida y furtivamente como bestia felina las escaleras del púlpito, y una vez arriba, gritó desde él con voz enronquecida por la cólera:

—¡Miserables fanáticos que me oís, yo juro, en nombre de la *regeneración social*, que ese fantasma que adoráis es mentira, juro... ¡oidme bien, que Dios no existe!

Un grito de horror resonó en todo el templo, y antes de que los fieles se hubieran repuesto de su asombro, el mónstruo frenético arrancó á su dosel de terciopelo negro, franjeado de oro, un crucifijo que había, según costumbre, en el púlpito, y rugió con verdadero acceso de odio satánico:

—¡Ciudadanos: yo, Juan García, á quien vosotros llamáis desdeñosamente *Juan sin Dios*, quiero justificar mi sobre-

nombre, y repito que Dios no existe! ¡Y en prueba de ello, mirad lo que hago con él!

Y golpeando y rompiendo brutalmente el santo crucifijo contra el antepecho del púlpito, arrojó sus pedazos al suelo, mientras un murmullo de horror y una oleada de indignación conmovía al concurso. Y como en aquel momento sonasen las doce en la torre de la iglesia, el ateo gritó:

—¿Oís? ¡Son las doce; si hubiese Dios, antes de una hora me habría castigado!

Un grito agudo, indefinible, resonó entonces en el templo, y simultáneamente todos los ojos se fijaron en una pobre anciana, pálida y demacradísima, que sacando los brazos desnudos por entre los flecos del andrajoso y pardo mantón, adelantóse hacia el púlpito en actitud resuelta, trágica, sibilítica, abrió los descoloridos labios como para pronunciar algo solemne ó terrible, y extendiendo de pronto los brazos descarnados, se desplomó exánime entre un grupo de mujeres que acudieron á sostenerla. ¡Aquella infeliz era la madre de Juan García!

Entretanto, un sacerdote, envuelto en ancha toalla litúrgica, arrodillábase al pié del púlpito, y trémulo, llorando de piedad y de santo horror, recogía con honda reverencia los restos de la imagen sacrílegamente profanada.

En cuanto á Juan García, aprovechando el tumulto de los primeros momentos y la suspensión que produjo el suceso de la anciana, había desaparecido, á tiempo que en las barricadas sonaban destempladamente las cornetas llamando al combate á los *defensores* de Jerez.

III

Los primeros tiros produjeron en aquel paisanaje indisciplinado y ajeno á la milicia un verdadero pánico. Pero al cabo—añadió el General, con noble orgullo de raza—recordaron que eran españoles y no dejaron de probarlo. Mas hay algo en que el valor no puede suplir nunca á la pericia y al ejercicio militar; algo que no se improvisa, que es la práctica

en el manejo de las armas de fuego; y aquellos pobres ilusos, que *no las habían visto más gordas*, no sabían por dónde se coge un cañón. Es verdad que muchos de los que tenían eran unas *chocolateras* inservibles, y acaso el peor de todos fué el que emplazaron en la barricada, entre cuyos defensores figuraba Juan García. Á mayor abundamiento, y con la torpeza propia de la ignorancia, habían cargado hasta la boca la roñosa máquina, y el *artillero* que la servía, un pobre peón de albañil que en su vida olió la pólvora, temblaba como un azogado, sin decidirse á aplicar la mecha á aquella antigualla del año 8. Cuando *Juan sin Dios*, que era hombre de bríos, reparó en el miedo del cuitado albañil, le arrancó la mecha de la mano, aplicóla al oído de la pieza, atascada, maciza, de pólvora y metralla, y... ¡Santo Dios! ¡qué estampido! El cañón reventó con explosión formidable, y, barricada, piedras, fusiles, hombres..., todo rodó por el aire, en medio de un torbellino de fuego, de humo y de polvo, que anubló por algunos momentos el sol. En aquel punto sonó la una en la torre de la iglesia, en que Juan García habíase atrevido á retar á Dios.

Y la gente, sabedora ya del sacrilegio y sobrecogida de pánico ante la catástrofe, corría por las calles de Jerez gritando: ¡Milagro, milagro! ¡Castigo del cielo!

IV

—Claro está que del ateo no quedaría ni rastro,—observó uno de los oyentes.

—Cuando al siguiente día entraron las tropas en Jerez—continuó el bravo marino con la voz algo velada por la emoción,—entré yo con ellas, como saben ustedes; y cuando, varios días después, el General X fué, según costumbre, al hospital á visitar y socorrer á los heridos de ambos campos, el cirujano militar, á quien estaban encomendados los más graves, nos dijo, deteniéndose ante un lecho donde, entre hilas, vendajes y apósitos, se veía aparecer un cuerpo mutilado, sin piernas y con un solo brazo, cubierto de llagas y una cabeza informe, peluda, sangrienta, sin ojos y sin piel y con la quija-

da inferior casi deshecha y colgante: —Ahí tienen Sus Excelencias á *Juan sin Dios*.

Con un gemido tan hondo, apagado y angustioso que dolía á los que le escuchaban, articuló el mónstruo agonizante algo que significaba:—¡No... no... no!... aunque sólo las *oes* resonaban cavernosamente en el fondo de su anheloso pecho; pero la negación leíase más que en la expresión de su fisonomía— ¡porque ya no tenía expresión, ni fisonomía, ni faz humana!— en la crispatura de su cuerpo, arqueado convulsamente como para protestar, ya sin habla y sin rostro, del horrible nombre que debía á su ateísmo. Aunque era difícil entender un lenguaje sin palabras, y penetrar en la conciencia de un sér mudo y amorfo, tal había sido el esfuerzo del infeliz, que me pareció adivinar su protesta y, no sin repugnancia, me acerque á su cama.

—¿Qué es eso, *hermano*?— le pregunté, dándole intencionalmente ese caritativo nombre;—¿es que ya no quiere V. llamarse *Juan sin Dios*?

El tronco informe se agitó dolorosamente, y la cabeza lacerada se dobló con angustioso esfuerzo en señal afirmativa.

—¿Cree V. ya en Dios?— le pregunté conmovido.

El pobre resto humano movió lentamente su único brazo llagado, y sujetándose penosamente la quijada colgante, articuló:

—¡Si... i... lo... o... he... e... vis .. vis...!

Y como no pudiera decir más, se llevó la mano vendada al sangriento alvéolo de uno de sus ojos, que mostraba su terrible oquedad por entre los vendajes.

—¿Dice V. que lo ha visto?— pregunté yo haciendo por caridad un esfuerzo de interpretación.

El infeliz tornó á llevarse la mano á la deshecha boca, y sujetándose la desencajada mandíbula, trabajosa, lenta y congojosamente silabeó, más con la voluntad que con la lengua, una frase que todos pudimos percibir:

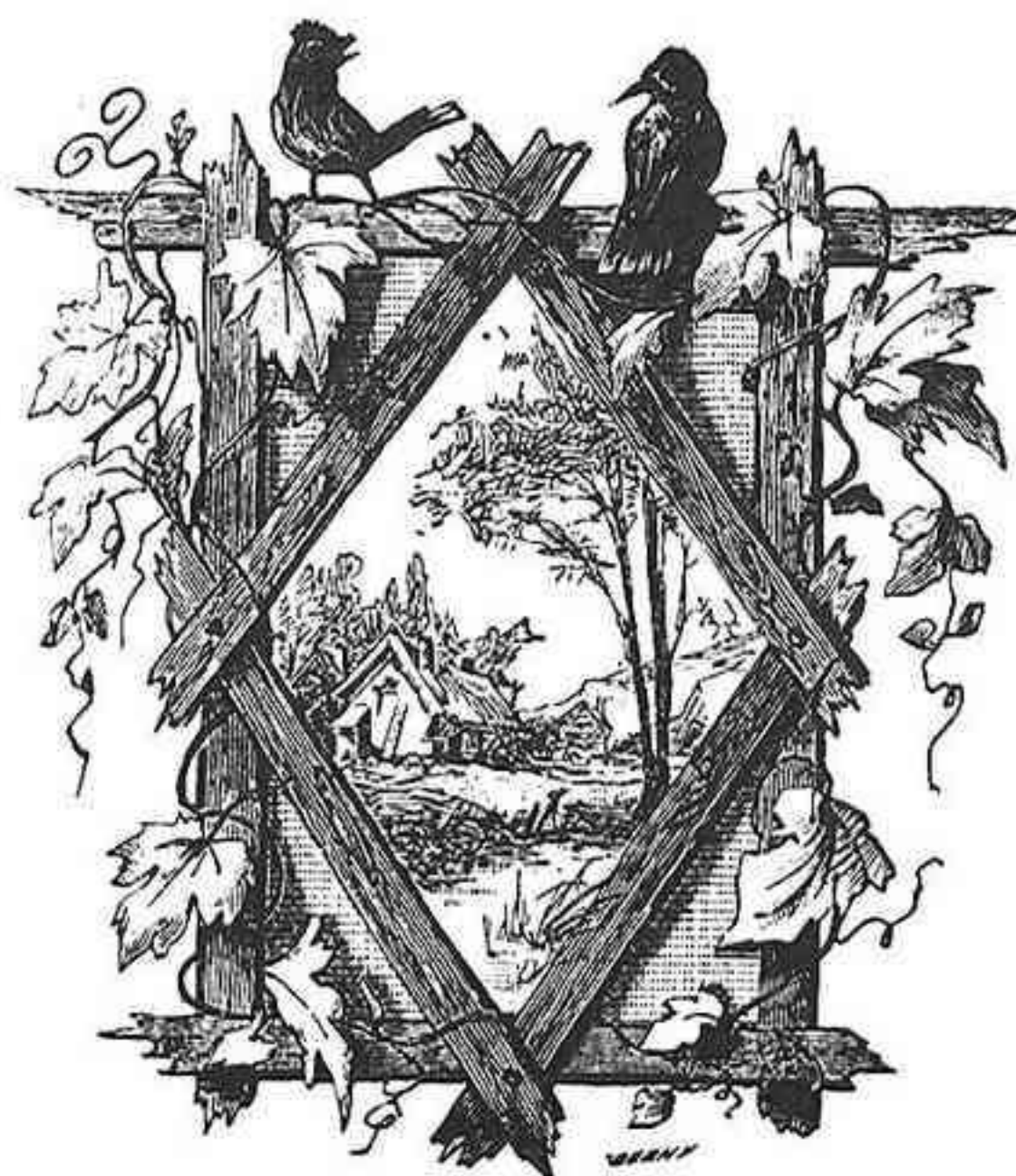
—¡En... la...a... vo...la...du...ra...!—gimió con eco ya estertóreo aquel sangriento despojo de hombre.

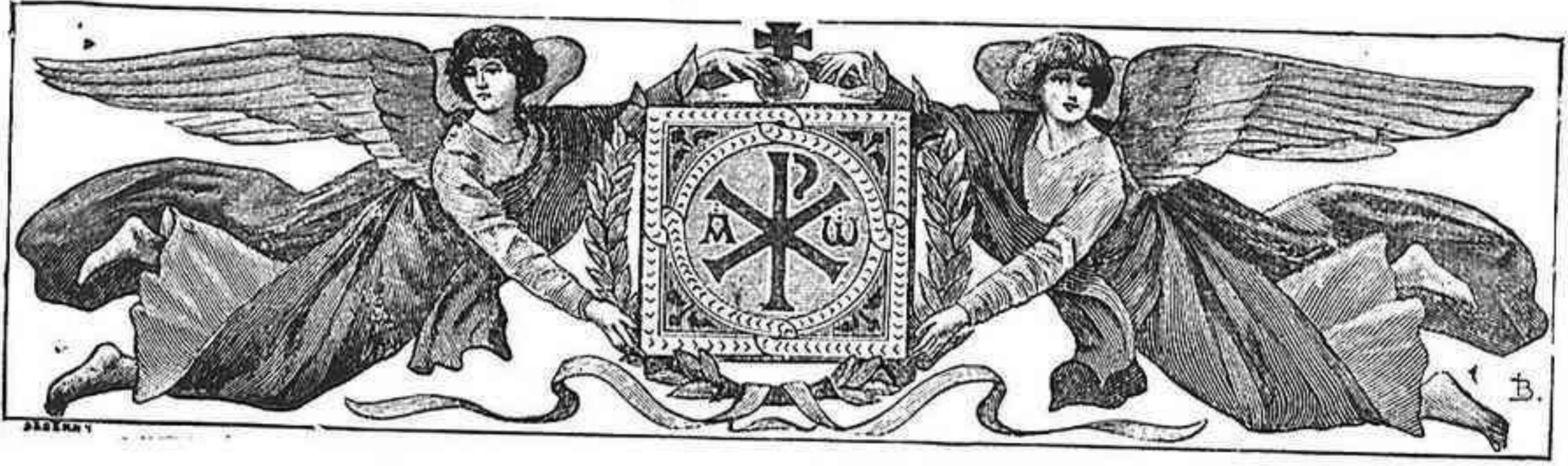
Y nadie osó pronunciar palabra ni exhalar exclamación.

¡Todos percibimos la grandeza de aquel momento, la subli-

me revelación de Dios al alma rebelde en la hora trágica de la expiación! Y por el curtido rostro del General, por las pálidas mejillas de la Hermana de la Caridad, por el adusto semblante del cirujano, endurecido en su oficio, resbalaron lágrimas silenciosas, que eran el más elocuente comentario á la confesión suprema del ateo.

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ.





LA SALVACIÓN ETERNA Y LA "BASÍLICA TERESIANA,"



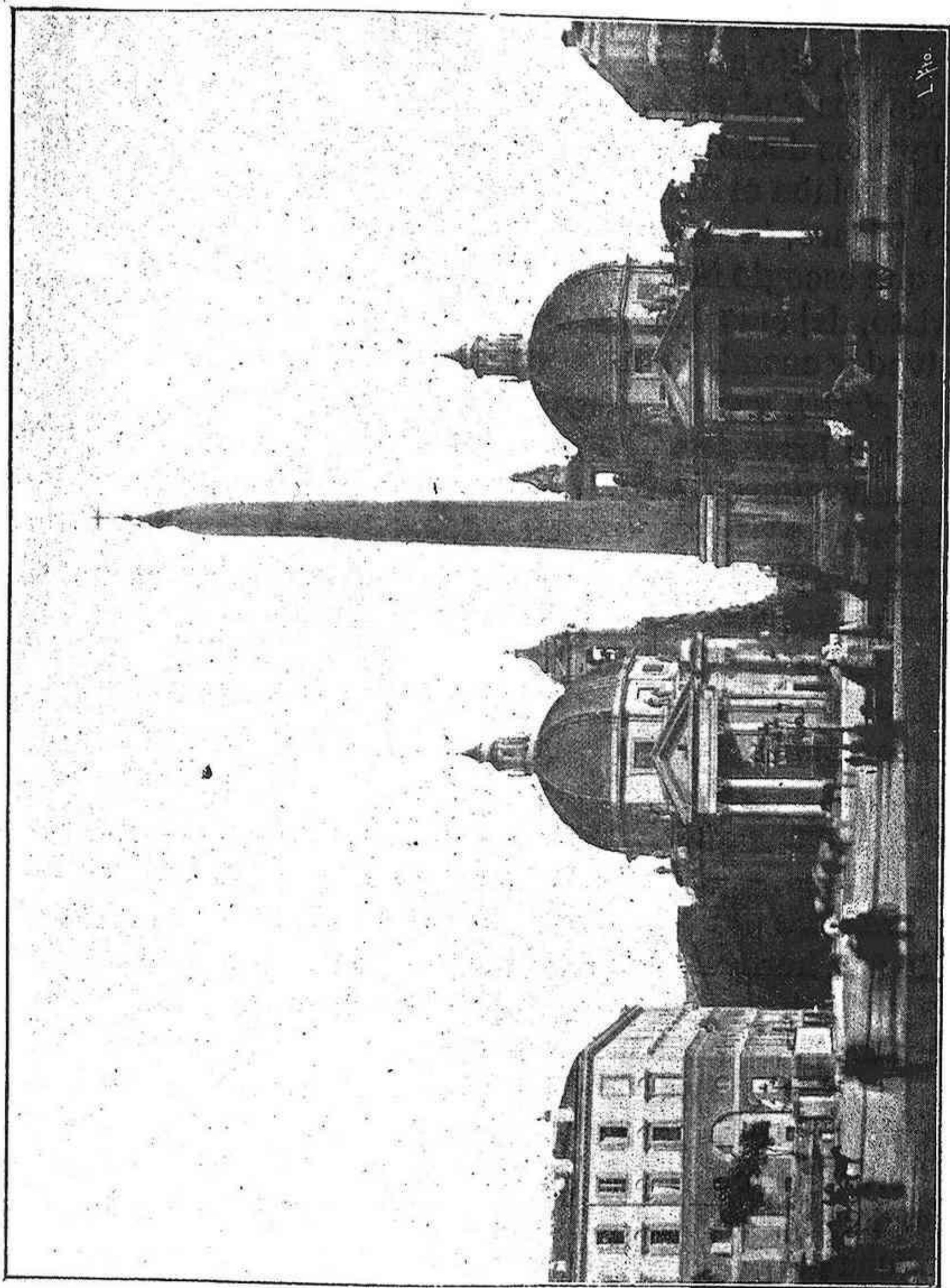
LA BASÍLICA TERESIANA puede llamarse también la revista de los Obispos, porque no hay ningún Obispo en España que no sea muy devoto de Santa Teresa de Jesús.

El Emmo. Cardenal Sancha, Primado de España; el Excelentísimo Arzobispo de Burgos, Fr. Gregorio Aguirre; el Ilustrísimo Obispo de Palencia, D. Enrique Almaraz; el Reverendísimo Obispo de Salamanca, Fr. Tomás Cámara, fundador de dicha revista, y algunos otros que paso en silencio, han honrado con sus luminosos escritos las páginas de la BASÍLICA TERESIANA.

Sobre todo en este certamen de alabanzas y elogios á la monja más noble del Carmelo, merece mil enhorabuenas el sabio agustino P. Cámara, Obispo verdaderamente teresiano. Parece que por haber sido colegiala de un convento de San Agustín Santa Teresa, quiere pagarle con creces el insigne Prelado de Salamanca.

Hé aquí el motivo por qué me es grato á veces publicar algunos artículos en las columnas de la BASÍLICA, y publicaría con más frecuencia, si no temiese molestar demasiado á sus ilustrados lectores.

Más de cuatro de ellos me preguntarán qué relación tiene la salvación eterna con la BASÍLICA, ó la BASÍLICA con la salvación. Es una pregunta importante y una curiosidad justificada, á las cuales voy á intentar satisfacer.



L. No.

ROMA.—PLAZA DEL PUEBLO

Para los católicos no hay cosa tan importante, necesaria y sagrada como la salvación eterna, á la cual San Dionisio llamó hermosamente *el divinísimo* entre todos los negocios divinos; y Tulio, escritor clásico y el mejor orador del imperio romano, dijo que era la recompensa de los dioses.

Todos los Padres de la Iglesia, así griega como latina, y los sagrados doctores, entienden por la *única cosa necesaria*, de que hablaba el Santo Predicador de Galilea en casa de su amigo Lázaro, la salvación eterna del alma. Esta es la mejor parte que escogió María mientras estaba postrada á los piés de Cristo, dejando á su hermana Marta el cuidado de servir al Salvador cuando venía cansado del viaje. *Maria optimam partem elegit, quae non auferetur ab ea.*

No dice Jesucristo que las demás cosas fuesen malas, sino que la salvación es mejor, *optima*. ¿Perdéis la salud, la amistad, la fama, los hijos, los bienes de fortuna? Es muy sensible, pero todavía podéis y debéis salvar el alma, aunque no sea más que para resarciros de aquellas pérdidas.

A pesar de ser la salvación cosa tan sagrada, intangible y divina, es mirada por muchos católicos con indolencia y hasta con desprecio. Diríase que para todo han nacido y viven en el mundo, menos para salvarse. Aun el ilustre filósofo Séneca, con ser pagano, escribió, acerca del punto que ventilamos, estas notables palabras: *Magna pars vita elabitur nihil agentibus, maxima male agentibus, tota aliud agentibus*. Lo que vertido á la hermosa lengua de Santa Teresa, quiere decir: "Gran parte de su vida pasan los hombres sin hacer nada, la mayor parte haciendo mal, y toda ella haciendo otras cosas que no son la salvación,".

Y aquí empiezan las hermosas relaciones que tiene la Basílica teresiana con la salvación. Dios ha dicho en el santo Evangelio: Dad, y se os dará: *Date, et dabitur vobis*. Lo cual en ninguna parte se cumple mejor que en las limosnas que se dan para las obras piadosas. Para probar este aserto, no hay necesidad de consultar muchos libros. Santa Teresa de Jesús, escritora clásica y elegantísima, nos enseñará con aquella lengua de ángel.

Después de referir que murió sin confesión en Valladolid

el opulento caballero de dicha ciudad D. Bernardino de Mendoza, y hermano del Ilmo. Obispo de Ávila, Álvaro de Mendoza, añade: "Díjome el Señor que había estado en harta aventura su salvación, y que había habido misericordia de Él por aquel servicio que había hecho á su Madre en aquella casa que había dado para hacer monasterio de su Orden, y que no saldría de purgatorio hasta la primera misa que allí se dijese, que entonces saldría,,.

Á la fundación de Valladolid la acompañaron los dos santos varones Fr. Juan de la Cruz, que deseaba ser descalzo, y Julián de Ávila: el día de San Lorenzo entraron en Valladolid, y el día de la Asunción de Nuestra Señora, según la crónica original de la Santa, se tomó la posesión del monasterio. Estaba bien lejos de creer, que entonces se había de cumplir lo que el Señor le reveló de aquel alma, porque aunque se le dijo á la primera misa, pensó que sería á la que se pusiese el Santísimo Sacramento.

Pero llegando á recibir la hostia consagrada de manos del venerable Ávila, vió junto á él á D. Bernardino de Mendoza, *con rostro resplandeciente y alegre*, puestas las manos, y agradeciéndole lo que había hecho por él para que saliese del purgatorio; desapareció la visión, subiendo su alma á las angélicas y eternas moradas del cielo.

Oigamos de nuevo las palabras textuales de la ilustre doctora castellana: "Cierto que la primera vez que entendí, estaba en carrera de salvación el caballero que he dicho, que yo estaba bien fuera de ello, y con harta pena, pareciéndome que era menester otra muerte para su manera de vida.....

Gran cosa es lo que agrada á Nuestro Señor, cualquier servicio que se haga á su Madre, y grande es su misericordia. Sea por todo alabado y bendito, que así paga *con eterna vida y gloria*, la bajeza de nuestras obras, y las hace grandes siendo de pequeño valor,,.—(Fundación de Valladolid).

Por temor de quitar la belleza, elegancia y originalidad, con que brotaron de la pluma de Santa Teresa las palabras insertas en este artículo, me abstengo de hacer comentarios de ningún género.

Para llevar á cabo obras como la Basílica teresiana, hace

falta dinero, ó, hablando más en cristiano, se necesitan limosnas de los católicos. Una gota de agua no es nada, pero unida con otras gotas, y otras, forman el Océano, mayormente si de vez en cuando entran considerables cantidades de agua á manera de ríos. ¿Qué es un tizón? Cosa muy insignificante. Sin embargo, uniendo tizones á tizones, llegaréis á encender un fuego más grande que el del horno de Babilonia. Así también dé uno cinco céntimos, por amor de Dios, para la Basílica teresiana, otro una peseta, éste un duro, aquél cien reales, el de más allá mil pesetas, cada cual según su capacidad, y pronto veréis subir las agujas de la Basílica hacia las alturas celestes.

Yo os aseguro, en nombre de la Santa más agradecida de España, y aun del mundo, que no perderéis el galardón, porque ella, á quien Jesucristo prometió no negarle cosa alguna, os alcanzará, como á D. Bernardino de Mendoza, la salvación eterna del alma.

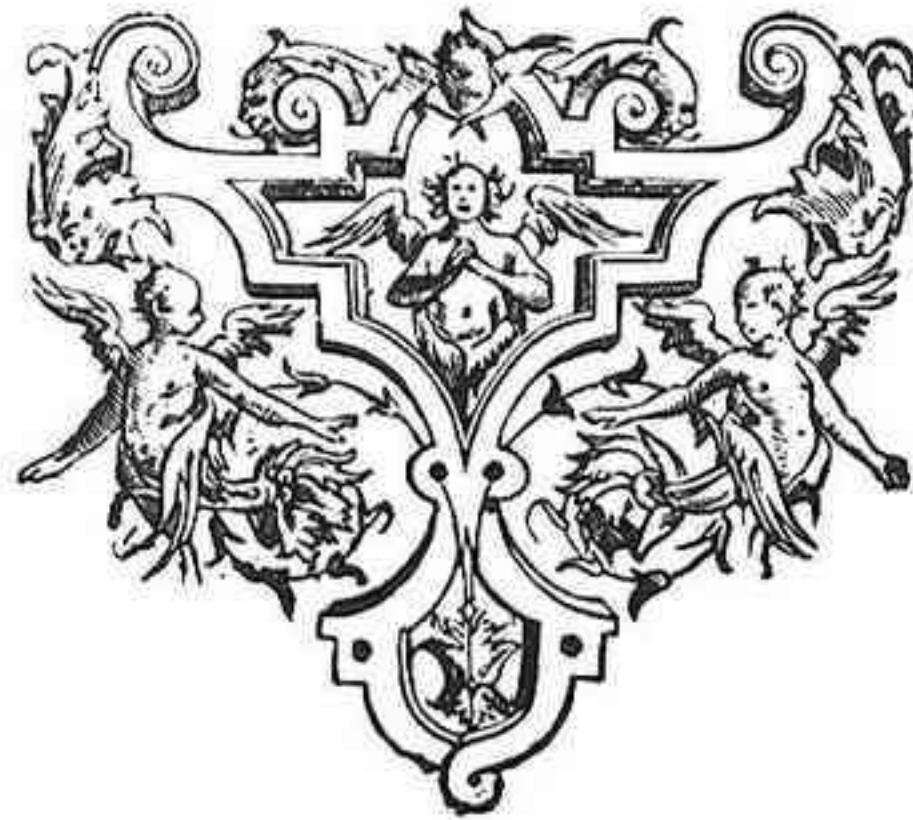
Por iniciativa del Emmo. Cardenal Sancha hace unos dieciseis años, se está levantando la Catedral de Madrid, frente al palacio de Oriente, y á pesar de las enormes sumas de dinero que se han invertido, las cuales hubieran sido suficientes en otros tiempos para terminar las Catedrales de Burgos y Sevilla, fuera de las criptas que están concluídas, la obra no alcanza todavía sobre el nivel del suelo más que la altura de dos ó tres metros. Esto en la capital de España, donde están, por decirlo así, las grandes fábricas del dinero y de los billetes del Banco, y donde hay personas muy limosneras. Pues, ¿qué sucederá en las villas pequeñas, como Alba de Tormes, sin otra importancia en la Historia, que el haber muerto en ella una monja Carmelita, si no se envían donativos y limosnas de otras partes?

Pero acaso me preguntará alguno, ¿y V. cuánto ha dado para la Basílica? porque dice el refrán, que es más fácil predicar que dar trigo. Aunque la pregunta sea algo atrevida, quiero ser generoso, contestando al que me la dirige. Cuando el Prelado de Salamanca propuso el proyecto de levantar en Alba la Basílica teresiana, estaba en Burgos el que esto escribe, y por votación secreta de la Comunidad, se acordó, *ne-*

mine discrepante, enviar por entonces dos mil reales para la Basílica de Alba y subscribirnos á la excelente Revista de Salamanca, como correo oficial que era de aquellas obras.

Contribuyamos, pues, con nuestros pequeños ó grandes donativos, á que se levante pronto, cabe las orillas del Tormes, la hermosa Catedral de Santa Teresa de Jesús; hagamos, como decían nuestros abuelos, para el Ángel refulgente del Carmelo, un templo tan grande, que los venideros nos tengan por locos.

FRAY EUSEBIO DE LA ASUNCIÓN,





DE MIS RECUERDOS

UNA VISITA AL PAPA (OCTUBRE DE 1894)



LA sobremesa de aquel día estuvo animadísima. Y no, ciertamente, porque hubieran abundado las viandas exquisitas, ni los vinos selectos. ¡Bueno era D. Doménico, mi exímio patrón, *vera effigies* del gran tacaño, para esplendideces de este linaje!

Pero el caso era extraordinario. El anfitrión era yo, y la causa del apacible holgorio en el que se destacaba la risotada franca y semi-salvaje de D. Doménico, poseído entonces de verdadera lalofagia, no era otra que la de festejar, de víspera, un acontecimiento, el más fausto para mí, durante mi estancia en Roma, el de más dulces y hondos recuerdos también de toda mi vida.

Y todo el secreto estaba en un billete (sin curso forzoso en el Banco), en un papelito de color de rosa, que apretaba entre mis manos con nerviosa intensidad, como si temiera se me fuese á perder aquel talismán de una felicidad inefable, presentida antes de gustarla, y acariciada y perseguida, como se persigue y acarician los ensueños de gloria. El billete de que para mí había sido portador, momentos antes, en nombre de Mons. Acebedo, Maestro de Cámara de Su Santidad, un ughier del Vaticano, al cual por su parte ceremonioso, por la galoneada vestimenta y el aparato con que á mi presencia apareció, tomara yo por un gran señorón, algo así como general ó contralmirante, si no me hubiera persuadido poco después la

pícaro realidad, que 25 liras, recibidas como *mancia*, dan al traste con todas las grandezas ilusorias y con todas las inclinaciones dorsales de la más insustancial cortesía, revelando al infeliz lacayo que se gana el duro pan cumpliendo—eso sí, arrastrado en coche—comisiones como la que de tanta dicha inundó mi alma.

Me faltó tiempo para salir de la habitación gritando como chiquillo con zapatos nuevos: “Eh, Cavaliere Magliani; y tú, jeroglífico viviente, rabino de los diablos, y usted... y usted, y todos... ríanse ahora de mí... Aquí está... aquí está. Lean ustedes...”

¿Con que no me despediría del Papa?...

¿Con que Mons. Sagrista no me alcanzaría la visita?

Ya lo están ustedes viendo... *Audaces fortuna juvat*, y ¡viva el Papa!...

—Que viva, hombre, que viva, contestaron á una mis interlocutores; pero esto no puede quedar así.

—Todo lo que ustedes quieran.

La voz poderosa de mi patron se impuso para decir á su mujer, como si le consignara una orden de mando: —*Fabiola, Domani, Marsalla; ¿ai capito?... ¡E viva D. Tommaso!*

Yo no sé qué impresión recibiría un pobre á quien de repente se le entrara inmensa fortuna por las puertas de la casa. Lo que sí puedo certificar es que yo no cabía dentro de mí mismo, que me asfixiaba de contento en la habitación, que tenía necesidad de abrir la válvula de represadas violentas emociones, que me era preciso salir, respirar en campo abierto, á plena luz, recibir impresiones externas, ponerme en contacto con la naturaleza... sí, sí; ¡á la calle!... ¡andando!...

Ya estoy en la Plaza del pueblo... ¡Más arriba!... ¡Al Pincio!.... ¡Qué interminables son estos zis-zás de la subida!.... descansaré un poco; ¡así!...

Tengo frente á mí la estatua ecuestre de Víctor Manuel, la contemplo; ¡ah! el arte obra maravillas. ¡Qué arrogante y bellamente varonil apareces, *galantuomo!* Pero yo te detesto, Rey del Piamonte. En cambio, mañana, sí, mañana, doblaré mi rodilla ante un anciano, ¡también es Rey! sucesor de aquél á quien tus esbirros detentaron la corona....

Ya he dominado la cumbre. . Roma tendida á mis piés. ¡Qué horizontes dilatados! ¡Qué ambiente más balsámico!... ¡Qué sedante calma la de este tibio atardecer!...

Una bandada de niños, revoloteando en torno á la fuente del Moisés, atrae mi atención. Pero la *idea*, la idea radiante, dominadora, esa no se aparta de mí...

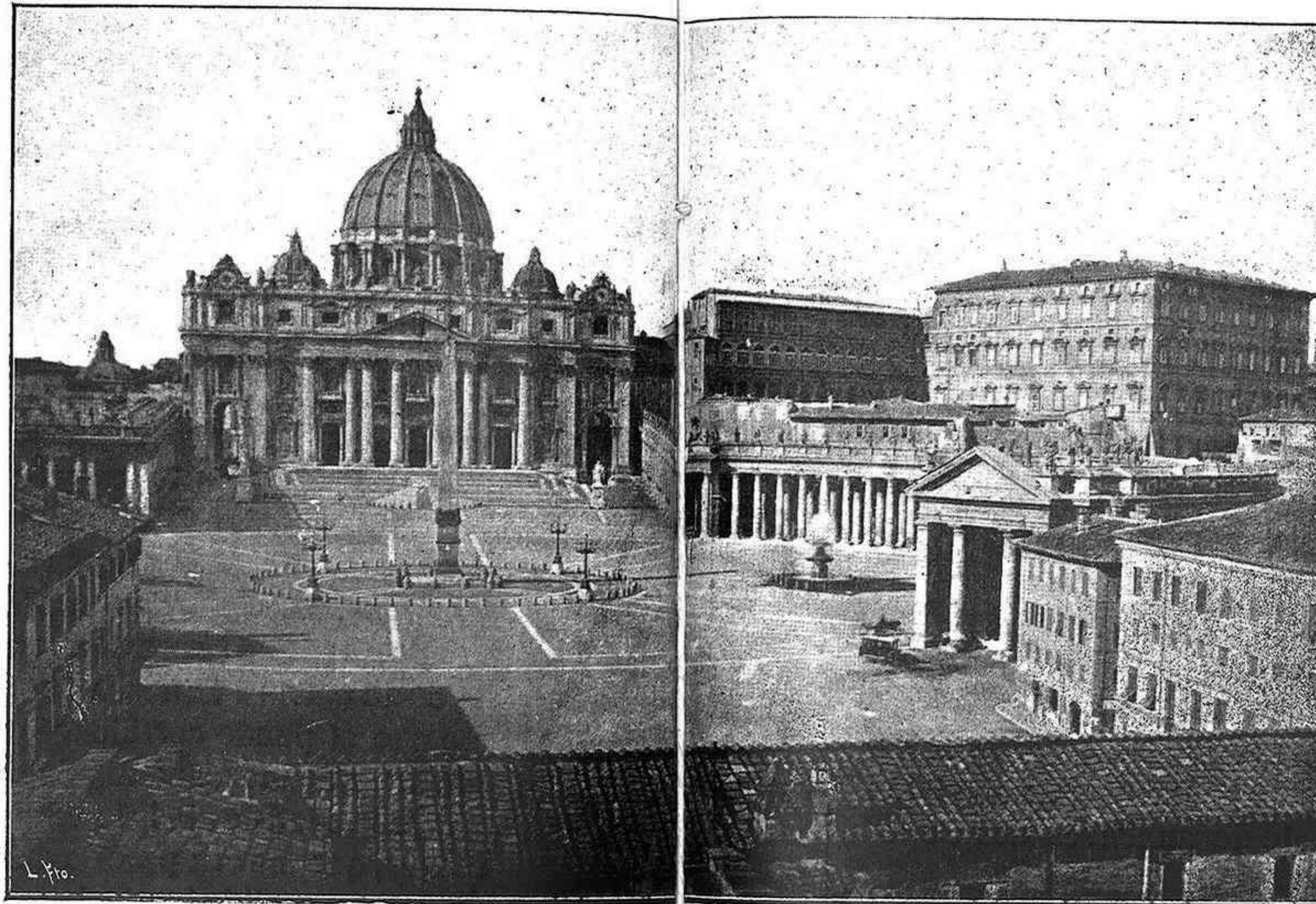
Me acerco á los niños: Angelitos de blancas alas, de dorados bucles, de ojitos de cielo, vosotros no habéis visto al Papa, no conocéis al Papa, ¿verdad?... Es un ángel viejecito, blanco y hermoso también, que vive allá... allá, á la sombra de aquel cupulón. Y desde allí os bendice porque soís buenos, porque simbolizáis la inocencia, porque significáis la Paz: Sí, allí vive el Angel de la Paz, en aquel Palacio, que besan los últimos rayos del sol, deshaciéndose en irisaciones de luz espléndida sobre la colina del Vaticano.

¡Qué noche, Dios Santo!
¡Qué lento resbalar el de aquellas horas interminables!...

La obsesión de la idea me había producido fiebre: no podía conciliar el sueño...

Bueno. ¿Y qué diré al Papa? ¿Qué le pediré?... Por pedirle, sí... lo primero una bendición especial para mi viejecita buena. ¡Ah! si pudiera llevar también á mi madre á la visita.....

¿Y esa D.^a Fabiola, se habrá olvidado de limpiar mi man-



ROMA.—EL VATICANO

teo? porque hay que ir de etiqueta. ¡Bueno estará él, después de ocho meses encerrado en el armario! Quizás convertido en nido de polillas...

¡Las tres!.. ¿Pero no había de poder descansar unos momentos?... En cambio, ¡cómo hieren mis oídos los ronquidos descorteses de mi patrón! Estará soñando el muy borracho con el *fiaschetto di Marsalla*....

¡Vamos á ver si de este lado!... ¡Tampoco!... ¡Ni que me hubiesen molido el cuerpo á golpes!... ¡Ah! que no se me olvide llevar la cajita con las medallas y rosarios, y la cruz de mosaico y el relicario bonito que compré en Venecia, para que lo bendiga todo el Padre Santo...

.....
Ya parece que se siente ruido en la calle... ya debe despuntar el alba. . ¡Ea, á la Minerva: hoy es la fiesta del Rosario y ya estará abierta la iglesia de los Dominicos!

Así era, en verdad. Á poco de comenzar la misa, un coro de voces frescas, suaves, armoniosas, rompe el solemne

silencio que dominaba en el templo. Son los cofrades del Santo Rosario que saludan á la Reina de los ángeles con el canto de la Letanía lauretana.

Yo también la saludo con las efusiones más puras, y derramo ante su bendita imagen la gratitud de mi pecho, confortado y serenado cabe el ara santa.....

Pero no hay tiempo que perder. La hora de las siete es

la señalada para asistir á la misa del Papa, y enseguida la audiencia.

¿Desayunar? ¿Para qué?... Y eso que con la tensión de nervios en que estoy desde el día anterior, me siento débil.... Un sorbo de café, y ¡en marcha! El coche me espera á la puerta de casa.

—Al Vaticano, puerta del bronce *¡avanti veturino!*

Rueda el desvencijado carruaje por la Plaza del *Pantheon*, cruza el Corso, pasa el Puente de Sant-Angelo, entra en la Plaza de San Pedro, y yo, más ufano que el Kaiser ó que Emperador romano que se dirigiera triunfador por la Vía Sacra á coronarse en el Capitolio, revolviendo en mi cerebro las más embriagadoras ilusiones, desciendo del coche, paso por entre la primera guardia palatina, aquellos suizos de gigantesca estatura y de multicolor uniforme ideado por Miguel Ángel, subo los peldaños de la escalera regia del Bernini, y, con mi billete en la derecha mano, me conduce el amable *ugier* de las 25 liras á la Sala Paulina.

Unos momentos de espera: ábrese una puerta y entro.....
¡in Paradisso!

*
*
*

Se acercaba en aquel instante á las gradas del altar el Vicario de Jesucristo. A mi vista absorta aparecía “como visión adorable de otro mundo„. Servíanle de ministros dos Capellanes secretos *partecipanti*.

Todo cuanto abarcaban mis ojos revestía la más severa y elegante sencillez: la pequeña Cámara en que me hallaba con otros varios invitados y la Capilla particular del Papa, con la cual aquélla comunicaba por amplia puerta, abierta de par en par. Sobre el altar destacaba un crucifijo de marfil y la imagen de la Virgen del Buen Consejo.

Yo estaba embelesado. Mi mirada no se apartaba un momento de la veneranda figura de aquel Santo, de andar vacilante, y cuyas trémulas manos se alzaban al cielo implorando clemencia.

—*¡Gloria in excelsis Deo!*—dice el Ungido del Señor con

entonación seráfica. — Sí, en la gloria me parecía estar, y glorificaba á Dios uniendo mi intención á la de su Vicario agosto.

¡Qué acción! ¡qué gravedad! ¡cómo pegaba fervor al alma aquel Santo anciano arrobado en los *mementos* del sacrificio!

¿Qué diría entonces al cielo el que es Vicario de Cristo en la tierra?... ¡Dejadle, dejadle que suplique! ¡Su oración es la que ha de salvar al mundo!...

Ha terminado la misa el Papa, y, la rodilla en tierra, oye ahora, en recogimiento de acción de gracias, otra misa que celebra uno de sus capellanes. Al acabar éste, y mientras Su Santidad toma ligero desayuno, van desfilando de la cámara aquellas personas que fueron admitidas solamente á la misa del Papa.

Quedamos para la audiencia particular los siete á quienes nos había cabido esta suerte envidiable.

Ya ha pasado á besar el pié del Padre Santo un Obispo de Suiza. Va enseguida un matrimonio bilbaino. Ahora me toca á mí. El Maestro de Cámara pronuncia mi nombre; no me doy cuenta de haber hecho las tres genuflexiones debidas, pero sí de que me encuentro de rodillas ante el Papa y de que imprimo un ósculo en su pié venerando, y de que escucho su voz amorosa que me interroga: *Come ti trovas a Roma?...* Con la cual pregunta parecía caer sobre mí y aplastarme la ingente mole del Vaticano. Quise contestar, y no acerté á dar otra respuesta que una soberana simpleza: *Benone, Santísimo Padre;* me encuentro muy bien, Santidad. Nada, como si contestase al oficioso saludo de cualquier amigo.

No se hizo tardar la suave y animadora reconvención del Papa:—*Non ti dimando questo: no te he preguntado eso, sino ¿por qué estás tú en Roma?*

¿Qué le respondí?... No lo sé. El silencio fué mi única contestación; silencio que con amabilidad sin límites, rompió el augusto anciano para preguntarme qué cosa deseaba de él: *cosa vuoi?*

Para salir del paso, sin acordarme ya de nada ni de nadie, ni siquiera de la cajita de objetos piadosos que conmigo lleva-

ba, con el alma anegada en un deleite insufridero: vuestra bendición, Santísimo Padre, respondíle:

—*Parti, dunque colla nostra benedizione.*

Y mientras la bendición del cielo caía sobre mi cabeza por la mano bendita del Pontífice Sumo, la tempestad que se había fraguado en el corazón, y desde allí subido al cerebro, se deshizo en lágrimas caldeadas, que después de nublar mi vista, caían de hilo sobre los labios para dejarme gustar en su dulzura, en un momento de suprema felicidad, todo el sabor de la vida.

TOMÁS REDONDO.





¡CIEGOS!

1

No le dieron el cetro la intriga,
Ni la torpe ambición, ni el engaño,
Ni la sangre que vierten los hombres
Que se roban el oro y el mando.
Dios lo puso de todos los tronos,
En el trono más puro y más alto,
Y subió como siervo que sube
Con la cruz del deber al Calvario.
¡Y subió con el santo derecho
del Príncipe santo,
Sin la náusea del odio en el alma,
Sin la mueca del triunfo en los labios,
Sin mancha en la frente,
Sin sangre en las manos...
Era el trono, entre Dios y los hombres,
Dulcísimo lazo,
Para rayos divino del mundo,
Concordia entre hermanos,
Faro en las tinieblas,
Orden en el caos.

Y el Ungido miraba á sus hijos,
Y lloraba de amor al mirarlos...
¡Tan débiles todos!...
¡Todos tan amados!...
Y tornaba los ojos al cielo,
Y alzaba los brazos,
Y del cielo á raudales caían,
Al subir la oración de sus labios,
Luces en su mente,
Bienes en sus manos...
Y en la grada más alta del trono,
Mirando hacia abajo,
Temblando de amores,

De amores llorando...
 Soberano, radiante, divino,
 Sublime, inspirado,
 Como blanca visión de los cielos,
 Como Padre de amores avaro,
 Que á sus hijos quisiera traerles
 La gloria en pedazos ..
 Dulce, generoso,
 Solemne, magnánimo,
 Derramaba la luz de su mente
 Y el bien de sus manos,
 Inundando de efluvios de cielo
 Del mundo los ámbitos.

II

¡Se resiste la mente á creerlo!
 ¡Se resiste la lira á cantarlo!
 La legión de los hombres impíos,
 La legión de los hijos ingratos,
 Ante el trono del Príncipe justo,
 Del Príncipe sabio,
 Ante el trono del Padre amoroso,
 Del Padre injuriado,
 Congregados por vientos de abismo,
 Rugieron, gritaron...
 ¡Lo mismo que aquéllos
 Que escuchaba el cobarde Pilatos!
 Y rodó la corona del justo,
 Y á la cárcel al justo llevaron,
 ¡Y vive en la cárcel por ellos gimiendo,
 Por todos orando!

—
 ¡Se resiste á creerlo la mente!
 ¡Se resiste la lira á cantarlo!
 Y una sola cuerda,
 Que responde al pulsarla mi mano,
 Sólo quiere cantar esta estrofa,
 Que repite con ecos airados:
 “¡Ay de los impíos!
 ¡Ay de los ingratos
 Que coronan de agudas espinas
 Las sienas de un santo,
 La frente de un Padre,
 La cabeza de un débil anciano!

JOSÉ MARÍA GABRIEL GALÁN.



DISCURSO CELESTIAL SOBRE LA ORACIÓN

DOCTRINA DE SANTA TERESA DE JESÚS



QUÉ *sea impetu de espíritu*: Ímpetus llamo yo un deseo que da al alma algunas veces, sin haber precedido antes oración, y aún lo más continuo una memoria, que viene de presto, de que está ausente Dios; ú de alguna palabra que oye, que vaya á esto, es tan poderosa esta memoria, y de tanta fuerza algunas veces, que en un instante parece que desatina: como cuando se da á una persona unas nuevas de presto, que no sabía, muy penosas, ó un gran sobresalto, ó cosa ansí, que parece quita el discurso al pensamiento para consolarse, sino que se queda como absorta. Ansí es acá, salvo que la pena es por tal causa, que queda al alma un conocer, que es bien empleado un morir por ella. Ello es, que parece que todo cuanto el alma entiende entonces, es para más pena, y que no quiere el Señor que todo su sér le aproveche de otra cosa, ni que pueda tener consuelo, ni aún acordarse que es voluntad suya que viva, sino parécele que está en una tan grande soledad y desamparo de todo, que no se puede escribir; porque todo el mundo, y las cosas dél le dan pena, y ninguna cosa criada le parece le hará compañía.

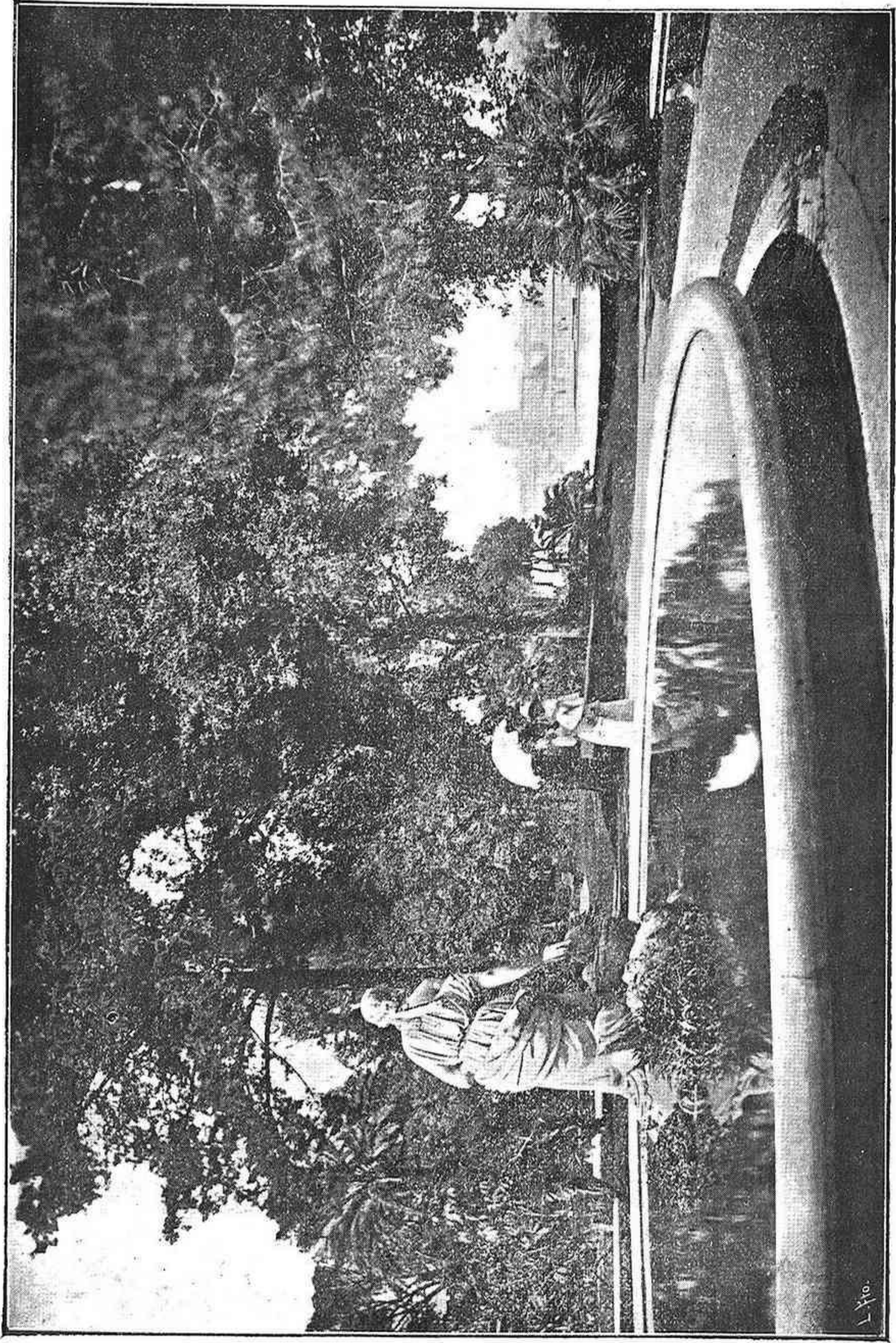
No quiere el alma sino al Criador; y esto vélo imposible, si no muere: y como ella no se puede matar, muere por morir. De tal manera, que verdaderamente es peligro de muerte: y vése como colgada entre el cielo, y la tierra, y no sabe qué hacer de sí. Y de poco en poco dále Dios una noticia de sí,

para que vea lo que pierde, de una manera tan extraña, que no se puede decir, ni esta pena encarecer, porque ninguna hay en la tierra, al menos de cuantas yo he pasado, que le iguale. Baste, que de media hora que dure, deja tan desoyuntado el cuerpo, y tan abiertas las canillas, que aún no quedan las manos para poder escribir, y con grandísimos dolores.

Desto ninguna cosa siente, hasta que se pasa aquel ímpetu. Harto tiene que hacer en sentirlo interiormente, ni creo sentiría graves tormentos; y está con todos sus sentidos, y puede hablar y mirar; andar no, que la derrueca el gran golpe del amor. Esto aunque se muera por tenerlo, sino es cuando lo da Dios, no aprovecha. Deja grandísimos efectos, y ganancia en el alma. Unos letrados dicen uno; otros, otro: nadie lo condena. El Padre Maestro Ávila me escribió que era bueno; y así lo dicen todos: el alma bien entiende que es grande merced del Señor: á ser á menudo, poco duraría la vida.

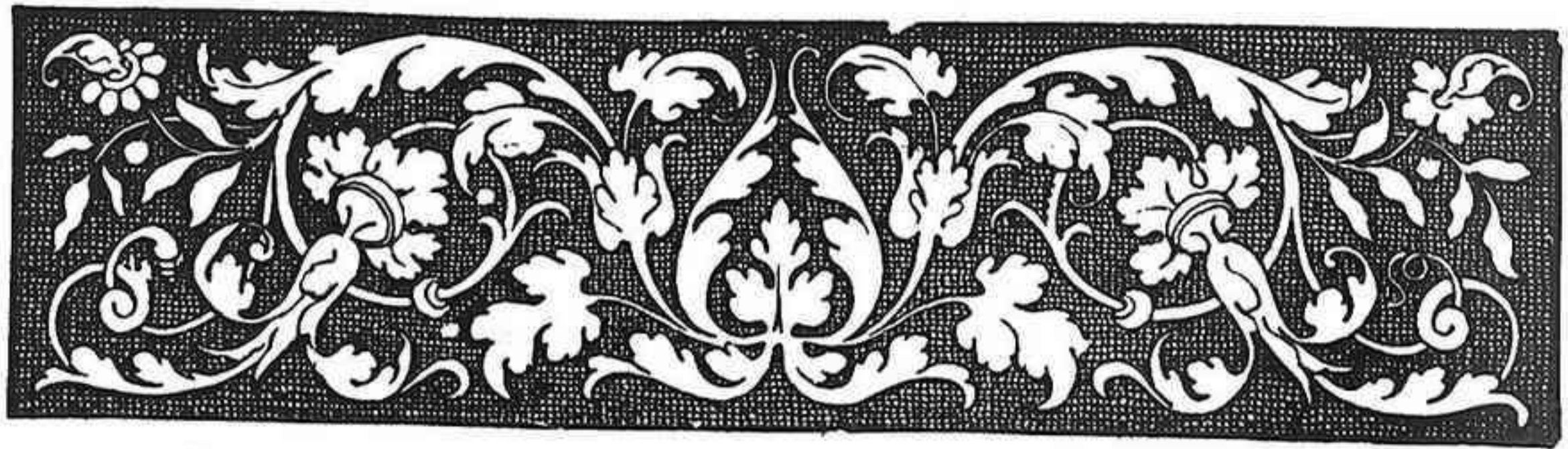
El ordinario ímpetu es que viene este deseo de ver á Dios una gran ternura, y lágrimas por salir deste destierro, mas como hay libertad para considerar el alma, que es la voluntad del Señor que viva, con eso se consuela; y le ofrece el vivir, suplicándole que no sea para sí, sino para su gloria: con esto pasa.

Herida de amor: Otra manera harto ordinaria de oración es una manera de herida, que parece el alma verdaderamente como si una saeta la metiesen por el corazón, ó por ella misma. Así causa un dolor grande, que hace quejarse, y tan sabroso, que nunca querría le faltase. Este dolor no es en el sentido, ni tampoco se ha de entender que es llaga material, que no hay memoria deso, sino en lo interior del alma, sin que parezca dolor corporal; sino que como no se puede dar á entender sino por comparaciones, pónense estas groserías, que para lo que ello es lo son; mas no sé decirlo de otra suerte. Por eso no son estas cosas para decir ni escribir; porque es imposible entenderlo, sino quien lo ha experimentado, digo á donde llega esta pena; porque las penas del espíritu son diferentísimas de las de acá. Por aquí saco yo cómo padecen más las almas en el infierno y purgatorio, que acá se puede entender por estas penas corporales.



ROMA.—FUENTE DE MOISÉS

L. Yto.



EN EL PATROCINIO DEL GLORIOSO SAN JOSÉ

ESPOSO DE LA VIRGEN MARÍA

PATRÓN Y LIBERTADOR DE LA UNIVERSAL IGLESIA

Ángel que impetras el favor divino
para el cuidado cuya vida guardas,
interponiendo en el altar sublime
la ofrenda pura, incomparable y santa;

Milicia celestial, alados coros,
que oyó Isaías en la excelsa casa
repetir incesante: santo, santo,
entre incesantes súplicas y gracias;

Dad á mi voz unísonos acentos;
pulsad, al fin, la cítara encantada,
para que narren con sublime ritmo
del casto Esposo preexcelencias santas.

Noble adalid de la pureza, un día,
sola, entre muchas, floreció su vara,
y obtuvo entonces elegida Virgen,
á ser Madre de Dios predestinada.

Santo y feliz la duda le sorprende;
pena indecible le destroza el alma,
y si discreto su sospecha encubre,
á huir le impulsan ponderosas ansias.

Un Ángel el misterio le revela;
fiel los designios del Señor acata;
y ante la Esposa virginal y pura
su fe renace, su temor acaba.

¿Y eres tú el modestísimo artesano,
del perfecto varón muestra preciada,
cuyo taller humilde y desvalido
el gran tesoro de los cielos guarda?

¿Eres tú el descendiente de cien reyes,
y honor y prez de la israelita raza,
que á todo un Dios con tu sudor sustentas
y todo un Dios con tu desvelo salvas?

Tú eres del cielo Vice-Dios insigne,
¡oh escudo impenetrable de las almas!
justo antes de nacer, santificado,
y entre todos los justos el monarca.

Sólo del Verbo estimativo padre,
esposo de la Virgen más preclara,
guardador del Mesías deseado,
de todas las naciones la esperanza.

Orle con nueva y eternal corona
tus sienes hoy la mano soberana,
y tras himnos de amor y de armonías
los mundos se prosternan á tus plantas.

Y hoy, aceptando de tus fieles hijos
fervientes votos y sentidas hablas,
muéstreles ya tu incomparable afecto
de amor y auxilio, paternal mirada.

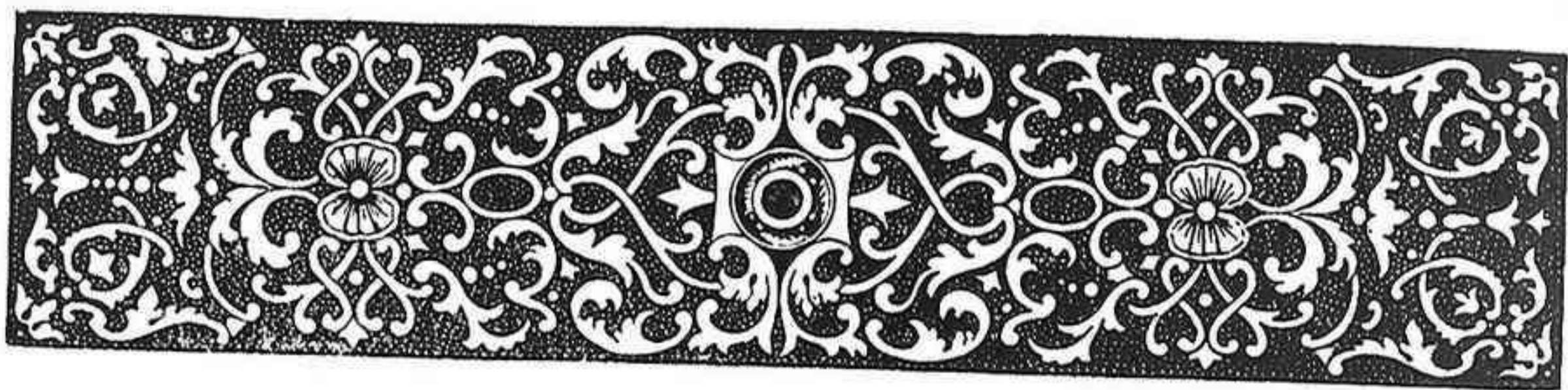
Dénos también su bendición augusta
el que pisa del sol la lumbre blanca,
mientras que de rodillas le ofrecemos
cantos de honor, de gloria y alabanzas.

JOSÉ DE GUZMÁN EL BUENO Y PADILLA

De la Academia de la Historia.

Málaga, Abril, 1902.





CRÓNICA POÉTICA



UGESTIVA es la fecha 1.º de Abril, grabada á la puerta de la más bella época del año. Acaso á una coincidencia fortuñta, acaso se deba á un feliz acuerdo haberse oído en el 1.º de Abril ¡poética efeméride! el magistral preludio de las tonadas

“que parecen zumbidos de abeja,
ruidos de regato,
aire de alameda,,,”

y que se anudara en ese día el vistoso lazo que sujeta las flores apiñadas, el ramillete de las poesías de Galán, recogidas por mano hábil con la fruición de quien pasea por el campo cuando la primavera ha prodigado allí galas y encantos y gracias... introducción escrita al borde de la ancianidad con el calor de imaginación y lozanía y colorido juveniles, para sumarse á páginas pletóricas de aire puro, emanando efluvios campes- tres, abiertas y espléndidas como el cielo y como los campos de Castilla, bordadas como la alfombra de los valles ahora flo- recientes, frescas y armoniosas como los arroyuelos que van bullendo y acompañan con ledo murmullo los arpegios de las aves en la fronda.

Con la poesía, con el himno que está brotando del campo, forman concierto los versos de Galán, el manojo de flores que adornó el 1.º Abril, día de suyo tan poético..... Hoy es el día aún más solemne y festivo en los dominios de Apolo, día de la plenitud de este mes hermano de la hermosura del campo, día de memoranzas idílicas, de gratas emociones, de fonta- nas puras, de plácido ambiente, de leves notas, de tintes ro- sados.

Muy bello ha de ser el mes que ha dado origen á la metáfora usual y corriente *quince abril* por quince años; sin que á nadie ocurra decir en igual sentido quince marzos, quince mayos ó quince junios, meses también primaverales.

Como Agosto puede designar por sí solo la estación en que se recolectan los frutos de la tierra, y en esa acepción se toma en la frase *hacer el agosto*; Abril significa por sí solo la primavera; y aunque es usada la expresión quince abril por quince años, nos haría reír quien dijese en vez de setenta años, setenta abril.

Convengamos en que Abril es el mes juvenil del año, como la juventud la edad primavera de la vida; reconozcamos que entre la juventud y la primavera, media la semejanza honda y fatal que proclamó el poeta: *Gioventú, primavera della vita!*

Los puntos en que convienen ambos términos de la comparación, no solamente son los puntos halagüeños y arrobadores, son también los puntos negros, la baja liga que admite, sin poderlo remediar, todo lo terreno: lo mismo la primavera y la juventud, que lo restante del tiempo y de la vida humana.

¡Quince años ó quince abril! ¡Ay! ¡Cuántas pérfidas analogías entre la juventud y la primavera está descubriéndonos, bien á nuestra costa, la experiencia cotidiana!

La flor, breves momentos encantadora, que yace desmayada y fueron sus pétalos despojo de los ardores del sol, simboliza aquellas fugaces y bellas ilusiones que, no bien nacidas en el alma, no bien puestas en contacto con la realidad, vimos trocadas en macilento desengaño. Es el follaje donde se ocultan cautelosamente espinas punzadoras é insectos venenosos, imagen fiel de la lozanía juvenil, de los años *verdes*, encubriendo á la mirada inexperta de la mocedad las espinas de los dolores y los insectos de las miserias de la sociedad y de la vida.

Un arroyo cristalino serpea entre flores y murmulla al compás del canto de los pajarillos que anidan á sus márgenes, hasta que el solano bochornoso absorbe su frescor, ó una losa de hielo cierra su cáuce como un sepulcro, ó el aluvión enturbia su corriente. A imitación de ese arroyo vive el joven entre risas y une su voz á todo canto de júbilo, hasta que su lozanía se marchita, ó la frialdad del desabrimiento cae como una losa funeral sobre su corazón, ó la balumba de los negocios y el rodar de los acontecimientos conturba su vivir.

En el cuadro de color de rosa, pintura alegórica de la edad

más bella y feliz de nuestra vida, no puede faltar el claro-oscuro del contratiempo y de la aflicción, y es inútil procurar que en los días más bonancibles no sobrevengan sucesos lastimeros. La primavera luce sus galas, la juventud ostenta su lozanía: y en la primavera acaece escuchar el fragor del trueno, y en la juventud exhalar ayes de sufrimiento.

¡Ah, el sufrimiento! pan de cada día, patrimonio universal, gaje de la vida.

Impregna esos versos de Galán el baño del sentimiento religioso, escápase de ellos el aroma de la piedad, el poeta "sabe hablar como su madre,, mirar al cielo, depositar allí suspiros del alma, pacificar el corazón y darle á gustar consuelos santos; y hé ahí por qué placen *las gotas balsámicas*, y "como remedio contra tanta pestilencia socialista y libertaria,, place "el baño de estos raudales y estos aires deliciosos .. soplos de áuras que refrigeran, ecos sonoros que extasían al ánimo y nacen de nuestras extensas llanuras, cubiertas de flores y de mieses; de estos verdosos montes de encinas y robles,,: y "los presagios de nuestro bardo y las embriagueces de su inspiración campestre, sorbidas alrededor del Cristu benditu de la ermita güena,, contrastando con los que "del centro de España nos llegan ¡ay! presagios tristes, robadores de la paz del alma,,.

Como allá, en el remoto confín meridional del África, donde el denodado boer lucha heroicamente con los *robadores de la paz* del suelo que fué su cuna, cuna de oro y diamantes que excitaron la rapacidad inglesa: en aquellos campos que no ostentan flores sino teñidas en sangre, ni los cubre otro verdor que los despojos del combate, ni rinden hoy otros frutos que los frutos amargos de la muerte, con su tremendo séquito de madres y doncellas enlutadas, de huérfanos hambrientos, de ancianos mendicantes, de hogares apagados, de luto y lágrimas, de pobreza y desamparo, de ruina y desolación; forman vivo contraste los horrores y bárbaro imperio de la guerra, con la flor que brota, con el ave que canta, con la fuente que murmura, con el áura juguetona, con el horizonte dilatado, con la verdura del valle, con el azul del cielo, con la naturaleza que despierta, con la primavera que torna, rebosante de gracias, pródiga de encantos y hermosura.

M. CRUZ.

OBRAS DE LA BASÍLICA DE SANTA TERESA DE JESÚS EN ALBA DE TORMES

CUENTA GENERAL DE GASTOS

AÑO DE 1897

(Continuación)

	<u>Pesetas Cénts.</u>	
SUMA ANTERIOR..	2.079	49
PROPAGANDA		
Pagado á los músicos de San José, de Madrid, por la fiesta celebrada el 1.º de Junio del corriente año.....	15	"
Pagado á la imprenta y litografía del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón de Jesús (Madrid), por el molde, papel y tirada de 1 000 ejemplares de una reseña de la Basílica de Santa Teresa en Alba de Tormes, en papel blanco	8	"
Pagado á la misma imprenta por íd., íd., íd. de 16.000 ejemplares en tinta color, de la anterior reseña.....	100	"
SEÑOR ARQUITECTO Y AYUDANTES		
Por varios viajes, fonda, etc., etc , para el Sr. Arquitecto y sus ayudantes con el fin de tomar los datos necesarios para el anteproyecto de la Basílica de Santa Teresa en Alba de Tormes	923	60
Al Arquitecto Sr. Carrasco y delineantes por sus trabajos, durante los meses de Junio á Septiembre del año actual, ambos inclusive, más varios útiles de dibujo.....	1 700	"
Al Sr. Laporta por once clichés de fotograbado	245	50
JORNALES		
Por jornales de los operarios durante los meses de Octubre, Noviembre y Diciembre del corriente año.....	4.492	73
MATERIALES		
Por materiales invertidos en las obras durante los meses de Octubre, Noviembre y Diciembre del año actual.....	2 564	20
Por portes de materiales para las obras.....	314	45
EXPROPIACIONES		
Por compra de la casa llamada "El Cebadero,"	1.000	"
"Alba de Tormes," número 14 de la calle de San Pedro, en	2 125	"
Por compra de la casa número 12 de la calle de San Pedro, de ídem, ídem.....	3.000	"
Por compra de la casa titulada "La Fragua,".....	500	"
Por papel y sellos para las escrituras de las casas antes mencionadas	25	"
A la Cofradía de la Vera-Cruz, de Alba de Tormes, por cesión de su capilla.....	2.641	43
	<hr/>	
SUMA.....	21.734	40
	<hr/>	

(Continuará).

IMPRESA DE CALATRAVA

Á CARGO DE LEOPOLDO RODRÍGUEZ

Plazuela de Carvajal, núm 5

La Basílica Teresiana

El Lábaro

Diario independiente

La Semana Católica

Revista religiosa

Boletín Eclesiástico del Obispado

Libros de propaganda
católica

Reglamentos para Cofradías

Carteles de lujo para fiestas
de iglesia

Periódicos ilustrados

Obras del Excmo. é ilustrí-
simo Sr. Obispo de Sala-
manca.

Obras latinas de Fr. Luis
de Leon.

Obras del Beato Alonso de
Orozco.

Impresión de obras cientí-
ficas y literarias.

LA BASÍLICA TERESIANA

Con licencia eclesiástica

REVISTA MENSUAL CONSAGRADA Á FOMENTAR LA DEVOCIÓN
Á SANTA TERESA DE JESÚS

PROPAGAR EL PENSAMIENTO DEL NUEVO GRANDIOSO TEMPLO, QUE SE ALZARÁ
EN ALBA DE TORMES, DONDE SE VENERAN EL CUERPO INCORRUPTO
Y EL TRANSVERBERADO CORAZÓN DEL SERAFÍN DEL CARMELO

Se publica el día 15 de cada mes.

Cada número constará de 32 páginas, impresas en papel de las mismas condiciones materiales y tipográficas que el presente, é irá ilustrado con magníficos grabados y elegante cubierta.

El precio de suscripción será el de 10 pesetas anuales y los productos líquidos se destinarán á las obras del nuevo Templo en Alba de Tormes.

Las suscripciones en la capital, pueden hacerse: en la Imprenta de Calatrava ó en las Oficinas del Palacio Episcopal. Fuera de Salamanca recibirán encargos de suscripciones todos los Sres. Delegados diocesanos, cuyos nombres damos á conocer; y en el extranjero las Comunidades de Carmelitas, donde las hubiere.

En Madrid, se reciben también suscripciones en las librerías de
Don Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2

- » Nicolás Moya, Carretas, 8
- » Gregorio del Amo, Paz, 6.
- » Enrique Hernández, Paz, 6.